

Borgoña tocaba á su fin, y Fenelon, merced á la influencia de madama de Maintenon, era ya arzobispo de Cambray aun cuando apareció aquella novedad.

Hasta entonces había callado Bossuet, á pesar de las murmuraciones extrañas que de tiempo en tiempo subían á sus oídos. Amaba demasiado á su discípulo Fenelon, y creía demasiado en su virtud para sospechar en él ningún extravío de corazón ó de espíritu sobre las huellas de una mujer visionaria y sospechosa. Aflijase, pero no se admiraba, y por otra parte madama de Maintenon le imponía también reserva y silencio. El obispo de Meaux temía que rebotasen sus rayos de la cabeza de aquella Priscila sobre la cabeza de su poderosa protectora. Su conducta, durante aquellos años inquietos, estuvo llena de prudencia para la Iglesia, de miramiento para madama de Maintenon y de longanimidad paciente para Fenelon. La controversia solo envenenó el celo de Bossuet hasta la santa cólera, y la santa cólera hasta la persecución.

## XI.

La publicación del libro de las *Máximas de los Santos* por Fenelon, cambió una polémica hasta entonces doméstica en disputa teológica. Aquel libro era una hábil temeridad de Fenelon.

Fiel á su amistad hacia madama Guyon, apasionada por sus errores, Fenelon quiso confesar esta amistad en la desgracia y probar con citas de los Padres de la Iglesia que la doctrina fulminada en una mujer era la doctrina venerada en los santos.

El libro era peligroso para la fé y acaso mucho mas para la moral. Hasta la sombra de un cisma horrorizaba al rey: su religion no era mas que obediencia; tenia miedo á todo lo que salía de la letra de los preceptos; su imaginación seca, árida y fria no se exaltaba jamás hasta las contemplaciones. Reprendió á madama de Maintenon sus complacencias de corazón para Fenelon, y sus complacencias de misticismo para una mujer que removía las conciencias y producía perturbaciones en la fé. Madama de Maintenon no equilibró ninguna de sus amistades con el favor del príncipe; abandonó á madama Guyon á sus perseguidores y Fenelon á su antagonista. Bossuet, reconocido ahora por ella, rompió con dolor, pero rompió con energía el silencio, y comenzó la guerra entre el defensor del dogma y el joven novador de la fé.

Esta guerra fué larga, acerba y encarnizada, y acabó por la desgracia irremediable de Fenelon en la corte y por su condenación pública en Roma. Colocó á los teólogos y cortesanos del lado de Bossuet, y á los hombres de sensibilidad, de imaginación y de independen-

cia del lado de Fenelon. Aquella antigua amistad destrozada entre dos pontífices, de los que el uno había sido el padre espiritual del otro, aquellas denuncias al papa, aquellos anatemas de Roma, aquellas insinuaciones contra la ortodoxia y casi contra las costumbres del joven arzobispo, aquellas intrigas diplomáticas apoyando en Roma las intrigas sacerdotales del abate Bossuet, indigno sobrino de un gran hombre, ministro de la cólera de su tío cerca del papa y sirviendo á la religion por la calumnia, en fin el triunfo implacable de Bossuet que no respetaba ninguna susceptibilidad y casi ninguna dignidad en su victima; todo esto ha inculminado justa y fuertemente el carácter de Bossuet en la posteridad; pero digamos la verdad contra nuestra inclinación misma; la posteridad ha sido hasta ahora parcial, y debía serlo con un genio tan dulce y bondadoso. La posteridad tiene sus favoritos como los príncipes, y nadie mas que Fenelon mereció esa parcialidad del corazón contra el espíritu; pero hoy que está fria la ceniza de esos folletos y ha dispersado el tiempo á todos los vientos las hojas pesadas ó ligeras de esas polémicas, digamos la verdad, y despues de habernos colocado bajo el punto de vista de Fenelon para disculpar sus faltas, coloquémonos con severidad bajo el punto de vista de Bossuet para juzgar equitativamente á estos dos grandes hombres.

## XII.

Ved á los dos mas brillantes genios de la Iglesia, de la política, del episcopado y de la cátedra sagrada, unidos hasta entonces por la adhesión mas paternal en el corazón de Bossuet, por la deferencia mas filial en el corazón de Fenelon; el uno está ya viejo, el otro es joven todavía; el uno baja y el otro sube la pendiente de la edad, de las dignidades y de los honores de su ministerio. El uno, desde lo alto de su vida coronada de cabellos blancos, fuerte con la autoridad de su primogenitura en el episcopado, de la antigüedad en la fé, como el mismo nombra á su augusto carácter, tiende la mano al otro para elevar en pos de sí á esa especie de gran pontificado que ejerce en la Iglesia de Francia; Bossuet se prepara como Elias á dejar su capa á ese otro Eliseo al subir al cielo; le consagra él mismo arzobispo de Cambray con palabras proféticas que le designan al mundo como su sucesor en la suprema magistratura de la fé, del dogma y de las costumbres, se complace en mostrar al mundo en aquel joven y elocuente discípulo la antorcha sin sombra, á cuya luz marcharán los fieles por una vía recta y segura, luego que Dios mismo la haya estinguido.

No basta esto: aquel anciano es político tan-

to como pontífice. Tiene que rescatar mucho por su celo cerca de aquella corte de Roma á la cual ha arrancado mucho violentándola. Le debe la vigilancia de los espíritus, la extirpación de las heregias nacientes; debe al rey, de quien es ojo y boca en materia eclesiástica, la terminación de los disturbios religiosos, apenas sofocados, prontos á renacer en el reino; debe al heredero del trono, el duque de Borgoña, confiado á preceptores de su elección, no dejar exaltar, corromper ó alterar su fé, que será la de un gran imperio por los vértigos, las demencias ó las alucinaciones de que sería responsable al reino. En fin, debe á Dios, de quien es ministro por el episcopado, no hacer traición por flaqueza de ánimo ó por una cobarde complacencia de amistad, á lo que cree la verdad divina, el depósito confiado por la sucesión de los apóstoles al último de esos apóstoles, él.

De repente este apóstol, este padre de la Iglesia, este maestro de la doctrina, este guardián de la fé, este gefe del episcopado, este ministro del rey, este exterminador de la heregia, este virey de Roma, este tutor religioso del alma del heredero del trono, ese centinela de la paz del reino y de la pureza de la fé se despierta al ruido de extraños rumores propalados en torno suyo.

Sabe que su discípulo, su hijo, su sucesor predestinado, el preceptor del heredero del trono, el arzobispo de una gran Iglesia, Fenelon en fin, se entrega á sueños políticos ó á visiones estáticas, mas próximas á la quimera que á la santidad; sabe que en un libro todavía secreto, pero ya transpirado en la corte y en la ciudad, el *Telémaco*, ha escrito Fenelon á la sombra del palacio de Luis XIV para la instrucción del nieto, la mas sangrienta sátira del reinado y el retrato mas odioso del abuelo de su discípulo.

Sabe que este libro, en vez de dar al heredero del trono lecciones de gobierno, le dibuja en las nubes y le pinta con falsos colores una política desconocimiento de los hombres, sin realidad y sin músculos, que llama á toda autoridad nec seria tiranía, que quebranta la fé de los reyes y así mismos, que condena todas las tradiciones experimentadas hasta entonces, que las rean plaza en su utopia de talento por puerilidades ó vanidades sonoras, que preconiza la igualdad en lugar de la gerarquía, la multiplicidad en vez de la unidad del poder, que predica el trabajo y proscrib el lujo, libro, en una palabra, ó mas bien sueño, cuyos fantasmas se destruyen unos á otros, y cuya publicación no puede tener otro efecto, segun él, que afeminar el espíritu del rey futuro y alucinar á los pueblos con incoherentes ilusiones.

Convencido por el primer golpe de vista dirigido á las páginas de esta *utopia*, el espíritu tan gubernamental de Bossuet, se entristece mas que se irrita, y cuando le traen el *Telémaco*, y se le habla del gran ruido que hace

este libro de su discípulo en el mundo: «No, dijo, no lo leeré; á mi edad no leo ya fábulas.»

Desde aquel día no habla ya Bossuet siquiera de Fenelon temiendo decir demasiado. Depora solamente en voz baja que las aventuras de amor y las imágenes de voluptuosidad sean reproducidas con complacencia por la mano de un arzobispo cristiano ante la imaginación delicada de un adolescente que será pronto rey.

## XIII.

Pero otros rumores mas alarmantes é increíbles suben á los oídos de Bossuet. Sabe que su discípulo, fascinado por los éstasis y convencido por las visiones de una joven estática, abandona las augustas y santas autoridades vivas de la fé para buscar la doctrina y la salvación en las revelaciones de una aventurera cuyo espíritu ha fluctuado á todo viento de los sentidos, y cuyas costumbres mismas, aunque tal vez castas, no están esentas de sospechas. Hace que le lean las escandalosas efusiones de piedad de aquella Santa Teresa de los salones; cree soñar leyendo los *Torrentes*, verdaderos accesos de delirio, escritos sobre el trípode de las sibilas. Hace que le cuenten esas escenas extrañas de posesión pretendida por el espíritu divino, escenas durante las cuales, en presencia del mismo Fenelon sucumbe Mad. Guyon á la obsesión divina, haciendo decir á Bossuet avergonzado por el episcopado:

«Si me atreviera, Señor, os pediría uno de vuestros serafines con el mas encendido de todos sus carbones para purificar mis labios de esta relación, aunque necesaria!»

En esas sesiones, autorizadas algunas veces por la presencia de Fenelon, es donde madama Guyon tomaba el nombre de esposa de Cristo, contaba su superioridad en el corazón de su celeste esposo sobre la Virgen misma, y declaraba «que en el estado de purificación perfecta á donde ella había subido por esta unión, se negaría á orar, en atención á que esto correspondía á los servidores, pero que la esposa se limitaba á pedir las gracias».

## XIV.

Bossuet, en su incredulidad caritativa respecto á semejantes excesos de misticismo en su discípulo, guarda silencio largo tiempo; al fin pregunta con dulce inquietud á Fenelon sobre la realidad de su participación de espíritu con tales aberraciones de buen sentido, de conveniencia y de doctrina.

Fenelon le jura que se limita á admirar la piedad de Mad. Guyon, á probar sus inspira-



ciones, pero que tiene suspenso su juicio y á salvo su fé, y que está dispuesto á ratificar con los ojos cerrados todos los que el mismo Bossuet forme sobre esas novedades sospechosas.

Esta seguridad, sin cesar renovada verbalmente y por escrito, tranquiliza á Bossuet y aplaza fulminar sus rayos.

A petición del arzobispo de París, Mr. de Noailles, se nombra una comisión de teólogos y de obispos los mas venerados de la iglesia de Francia para examinar este negocio.

A propuesta de Bossuet se llama á ella al mismo Fenelon por respeto y por imparcialidad.

Fenelon no asiste, pero promete firmar el fallo de sus colegas en el episcopado.

El exámen es largo é interrumpido por circunstancias estrañas al proceso. Durante estas dilaciones procura Mad. Guyon prevenir al mismo Bossuet por medio de una aparente deferencia á su autoridad, y para ello viene á vivir á Meaux en un convento bajo su dirección. Quiere ser examinada por él; reconoce sus temeridades; le promete someterse en todo al juicio de los obispos y esperar este juicio en Meaux.

De repente sabe Bossuet que su penitenta astuta le ha engañado, que se ha escapado de Meaux y que oculta en París, sin duda con la connivencia supuesta de Fenelon, continua sus sesiones de inspirada y sus predicaciones.

No estalla todavía la cólera de Bossuet pero ruge. Los obispos lanzan al fin su fallo. Fenelon, que habia prometido firmar, rehúsa su firma. Hace mas; escribe en favor de Mad. Guyon, condenada por sus colegas. Publica su libro de las *Máximas de los Santos*. Publica cartas sobre cartas contra Bossuet, cartas llenas de faltas de sumisión y cargos bajo aparentes deferencias. La opinion toma partido, las facciones piadosas se forman y dividen la corte y el imperio.

Bossuet, largo tiempo mudo por dolor y por respeto al episcopado, se cree al fin obligado á responder por la Iglesia y por sí mismo; en una sola carta contesta á las cuatro acusadoras de Fenelon, y en una *Relacion del quietismo* á las dudas de la opinion pública. Confunde, pero todavía con miramiento, á su antiguo discípulo; respeta en él la antigua amistad, el arrepentimiento posible, el carácter episcopal, el favor de Mad. de Maintenon, la virtud en fin de que no sospecha atacando el error. Solo por momentos é impelido por el exceso de la injusticia, deja escapar el grito de su corazón ulcerado, y aun ese mismo grito va acompañado del último acento de esperanza y del último eco de dolor y de ternura para Fenelon.

«He leído, monseñor, dijo al comenzar, las cuatro cartas que me habeis dirigido, y he admirado con todo el mundo la facilidad de vuestro genio, la delicadeza de vuestros giros, la vivacidad y las dulces insinuaciones de vuestra elocuencia.»

Se aflige y justifica de la necesidad de hablar.

«Si el autor de estas novedades, ya condenado por la Iglesia antes que por nosotros, las oculta, envuelve y mitiga, y por este medio no consigue otra cosa que hacerlas mas suaves, insinuantes y peligrosas, ¿convendrá por el bien parecer del mundo dejar que se deslicen debajo de la yerba y relajen los santos rigores del lenguaje teológico? Si he hecho algo mas que esto, que se me demuestre. Si es eso lo que he hecho, Dios será mi protector contra las molicias del mundo y sus vanas complacencias.»

Bossuet acabó tambien por experimentar, acaso demasiado vivamente, la injuria humana bajo la injuria de la fé, y él mismo lanza la injuria oratoria á su adversario, en otro tiempo su hijo.

«Después de esto, dice, no tengo nada que decir, monseñor, y me limito á dar á vuestras cuatro cartas esta única respuesta. Si se encuentra en vuestros escritos algo digno de consideración, que no haya todavía refutado, contestaré por otros medios (la autoridad romana y la autoridad pontificia). En cuanto á las cartas, escribid todas las que os plazca; dividid la ciudad y la corte; haced admirar vuestro talento y elocuencia, y repetid las gracias de las *Provinciales* (cartas recientes de Pascal que habian encantado al mundo y entristecido á la Iglesia). No quiero tener ya parte en el espectáculo que al parecer queréis dar al público.»

«Una nueva profetisa, esclama en otra parte, ha emprendido resucitar en nuestros dias la heregia; esta es la criatura de que se habla en cinta; la obra de esa muger no está acabada. El arzobispo de Cambray, un hombre de esa elevación, ha entrado en ese desgraciado misterio; no dirá que ha ignorado esta ridícula comunicacion de las gracias por medio de una muger demente, ni sus profecías, ni su pretendido estado apostólico de impecabilidad, y sin embargo se sabe por su propia confesion que ha dejado que esa muger sea estimada por santas ilustres personas que se fiaban en él. Ha, pues, consentido que sea estimada una muger que profetizaba las ilusiones de su corazón!...»

«Yo sin embargo nada he dicho sino des-pues que la caridad y la dulzura han hecho su último esfuerzo. En lo que concierne á Mr. de Cambray haré me justifican los hechos y sus cartas. ¿Dónde se colocará esa envidia que me imputan á mí y á mis colegas? Y si es preciso justificarse de tan baja pasión, ¿qué podíamos envidiar en el nuevo libro de ese arzobispo? ¿Le envidiaríamos la gloria de pintar con bellos colores una muger como maldama Guyon? Si Dios ha querido que la Iglesia tuviese en la persona de uno de sus obispos ese prodigio vivo de seducciones, y si esa Priscila ha ballado su Montano para defenderla,

procure evitar ese obispo, pues es tiempo todavía, los juicios de la Iglesia. En cuanto al rey, que por respeto quiere dejar á la Iglesia toda la libertad de su exámen y de su fé, ¿qué tendrá de extraño sin embargo que sostuviese con su autoridad á los obispos que marchan por el camino recto?»

Así vemos donde quiera en Bossuet seguir la apelacion á la fuerza demasiado cerca á la apelacion al buen sentido. Tal es el vicio de las convicciones dominadoras y de los caracteres despóticos.

## XV.

En esa polémica acerca de Mad. Guyon, exceptuando algunas palabras acerbadas escapadas al ardor de su fé y á la revindicacion de su carácter, palabras harto provocadas por los apostrofes mas indirectos, pero mas ofensivos, de Fenelon, Bossuet se muestra hasta aquí, en esta contienda, el hombre del buen sentido, de la paciencia y del deber. Fenelon es el hombre de ilusion, de inespencia y de desorden. El uno sueña como visionario, contrista á su maestro, forma secta de algunas mugeres exaltadas, se oculta al juicio, se compromete, se retracta, abusa en fin de la paciencia y del oráculo de la Iglesia para llamarle á pesar suyo á la liza y publicar bajo la apariencia de justificacion, acusaciones contra Bossuet sin justicia como sin verdad.

El otro piensa como apóstol y como político; tiene la paciencia de un amigo, compadece como viejo; hace esfuerzos sobrehumanos para amortiguar el ruido y circunscribir el escándalo á las paredes del santuario; no estalla en fin, y no estalla con lágrimas sino cuando su silencio seria una defeccion de su episcopado, una traicion de su ministerio y una deshonra de su carácter insultado.

Hasta ahora, toda superioridad de razon, de medida, de miramientos, de tolerancia y de conducta queda por Bossuet. La lectura de las polémicas reciprocas de estos dos antagonistas le engrandece, así como disminuye á su rival.

Estos dos hombres no aparecen ya al mismo nivel: algo de la inconsistencia femenina se traspira en la actitud y en el acento de Fenelon: Bossuet tiene el acento del hombre, y del hombre honrado. Puede juzgarse de él por los siguientes fragmentos de su última réplica á Fenelon; su indignacion contenida duplica en ellos la fuerza de las palabras y la reticencia es mas significativa que estas.

«Monseñor:

«He visto cuatro cartas que me habeis dirigido y he admirado con todo el mundo la fertilidad de vuestro genio, la delicadeza de vuestros giros, la vivacidad y las dulces insinua-

ciones de vuestra elocuencia. Conque variedad de bellas palabras representais «que se hace soñar con los ojos abiertos, y que por lo demás no es licito acusaros de tan groseras contradicciones, sin haber probado jurídicamente que habeis perdido el uso de la razon.»

«Llevais la queja hasta decir: si soy capaz de tal locura, de que se encontraría siquiera ejemplo entre los insensatos que existen encerrados, no puede ser culpado de nada, y á vos en todo caso sería preciso censurar por haber escrito de una manera tan seria y viva contra un insensato.» ¡Qué elegancia en estas espresiones! ¡Qué belleza en estas figuras! Pero, después de todo, hay que convenir en que las pruebas de esa naturaleza en un punto de hecho, en que se trata de saber si os habeis contradicho ó no, no pueden ser sino deslumbradoras, y que es necesario volver á la verdad...»

«Sería preferible haberse explicado con mas precision y emplear su talento en definir bien sus palabras para hablar con consecuencia, que darlas torniquete fuera de tiempo para salvarse como se pueda. Mas ¡ay! las contradicciones son un accidente inseparable de la enfermedad que se llama error, y de la que se llama vana y falsa sutileza; la prevención pide una cosa y la verdad presenta otra: se aventuran cosas sutiles y alambicadas que no pueden retenerse en la memoria, y con respecto á las cuales es natural la contradicción. Cualquiera que sea atacado de estas enfermedades, haga lo que quiera, no puede jamás evitar el contradecirse; porque el que yerra, es necesario que vaya á parar á cierto punto donde caer irremisiblemente en la contradicción. Cuando San Pablo dijo de los falsos doctores que no entienden lo que dicen, ni de qué hablan tan afirmativamente; cuando dijo que la falsa ciencia está llena de contradicciones, que es uno de los sentidos de esa palabra, en que estableció las oposiciones de la ciencia falsamente llamada; cuando dijo que el hombre herético, sin querer dar este nombre al que se somete, aplicándolo solamente al que se engaña en la fé, se condena por su propia juicio, y que en fin todos los que se oponen á la verdad, después de haber errado y lanzando á los demás en el error durante algun tiempo, por un desgraciado progreso; es decir, después de haber deslumbrado al mundo con especiosos razonamientos y una elocuencia seductora, cesarian de avanzar por que su locura sería conocida de todos: el apóstol no quería hacerlos atar, ni probar jurídicamente que habian perdido la razon, y que era preciso declararlos incapacitados. Quería solamente enseñarnos que hay una luz de la verdad que se hace sentir hasta en el error.»



«Pero esa reputación de tener talento, lesjos de disculpar á los que están dotados de él cuando se precipitan ellos mismos y precipitan á los demás en el error, es por el contrario lo que los pierde. Los grandes ingenios, dice San Agustín, los espíritus sutiles, *magna et acuta ingenia*, se han lanzado en errores tanto mayores, cuanto que fiando en sus propias fuerzas, han marchado con mas atrevimiento: *In tanto majores errores verunt, quanto prae-fidentius tanquam suis viribus ecurrerent*. No hay necesidad de atarlos ni encerrarlos como decís; esos son razonamientos que no tienen mas que una luz falsa; generalmente no hay que hacer con ellos otra cosa que dejarlos escribir mucho, y ostentar las luces de su brillante ingenio para verlos pronto, ó perderse en las unas y deslumbrarse á sí mismos como los demás, ó prenderse en los lazos de su vana dialectica.»

«Lo digo con dolor, bien lo sabe Dios: habeis querido refinaros en la piedad, y no habeis hallado digno de vos, sino á Dios hermoso en sí. La bondad por medio de la cual baja á nosotros y nos hace subir hasta él, os ha parecido un objeto poco conveniente á los perfectos, y os habeis vedado hasta la esperanza, puesto que bajo el nombre de amor puro, habeis establecido la desesperación como el mas perfecto de todos los sacrificios; á lo menos este es el error de que se os acusa. El que quiera sostenerla, no podrá sostenerse tampoco; preciso es que se hiera á sí mismo en cien partes, ó para defenderse, ó para cubrirse y ocultar su flaco, y sin embargo decís: Probadme que soy un insensato, y otras veces: Probadme que procedo de mala fé; de otro modo, mi reputación sola me pone á cubierto. No, monseñor, la verdad no lo sufre; sereis en vuestro corazón lo que queráis; pero nosotros no podemos juzgaros sino por vuestras palabras, etc.»

Los cargos que podían hacerse al obispo de Meaux en la prosecución de este negocio no era mas que excesos de buen derecho, puesto que llevó la justicia hasta la venganza; pero, fuerza es decirlo en su descargo, no tanto fué culpa suya como de su edad avanzada. Arrastrado, dominado y gobernado por su sobrino, el abate Bossuet, dotado de escaso entendimiento, de alma vulgar, de corazón rencoroso y carácter depravado por el servilismo, el gran Bossuet apareció rebajado por aquel sobrino al nivel de los inquisidores de la fé y de los perseguidores del genio. Este sobrino era el que solicitaba en Roma los rayos de la Iglesia sobre la cabeza del arzobispo de Cambray con el calor de un santo que solicitase el cielo; él es el que sembraba la calumnia contra el antiguo discípulo de su tío, el que estimulaba á los ministros y embajadores del rey para arrancar al papa una condenación; el que atacaba la inocencia de las costumbres, el episcopado, el talento, la amistad y la virtud, y el

que escribía á sus corresponsales de París, hablando de Fenelon: «*Tenemos al fin sujeta á esta bestia feroz.*» Verdadero tipo de esos celadores de la fé que se esfuerzan por agregar á los rayos del cielo la injuria y la difamación, esos rayos abyectos de las cóleras del hombre. Pero el carácter de un gran hombre no debe sufrir las bajezas de un sobrino que llevaba tan mal su hermoso nombre. No hay aquí parentesco ni entre los genios ni entre las almas.

## XVI.

¡Pluguiese al cielo que el carácter de Bossuet no tuviese mancha mas indeleble que la innerecida que se quiso entonces hacer recaer sobre su nombre por parcialidad hacia Fenelon en el asunto del *Telémaco* y del *quietismo*; pero desgraciadamente hay otra que ninguna indulgencia puede absolver, ni borrar tiempo alguno. Hizose opresor de las conciencias; quiso hacer reinar sobre las almas por medio de la espada los dogmas que reinaban sobre su espíritu, la uniformidad de culto que reinaba sobre el reino. No se contentó con ser el gran sacerdote de la religión de su Dios; quiso ser y fué el gran sacerdote de la religión de su príncipe.

Ya le hemos visto en su disputa con los ministros reformados, profesar el principio impio de que la religión de los súbditos es obligatoriamente conforme á la religión del príncipe; principio que subordina Dios al hombre y que hace penetrar la tiranía hasta el dominio inaccesible de la conciencia.

Sin embargo, debemos decir que esta opinión de Bossuet no era una adulación al príncipe, sino una deificación de los dogmas. El dogma en aquel espíritu teológico era Dios. Toda su filosofía estaba en su catecismo.

Jamás la libertad de pensar había penetrado en aquella alma y por consecuencia tampoco la tolerancia. Estaba de tal modo convencido de la evidente realidad de sus principios, que no admitía que esta evidencia no llevase al ánimo de los demás hombres la misma comisión que él tenía, atribuyendo de buena fé á la obstinación, á la rebelión y á la impiedad del espíritu toda resistencia á la autoridad de la Iglesia. Un incrédulo para él no era un libre pensador, sino un rebelde. Teócrata hasta el fondo de las entrañas creía firmemente que el deber de los reyes era hacer reinar á su Dios sobre la tierra por la misma ley y la misma coacción de que disponen para hacer obedecer la ley del Estado. Quería apoyar esta teocracia implacable en el Antiguo Testamento: convertir ó exterminar, esta era su tradición. Olvidando enteramente sus invectivas contra los perseguidores del Evangelio oprimido, admitía que el Evangelio, una vez triunfante, se hizo per-

Seguidor á su vez. Los mártires de cualquiera otra fé que no fuese la suya no eran para él ya mártires, sino facciosos y vencidos. Nosotros analizamos esta piadosa iniquidad de Bossuet, no para hacerla admirar, sino para hacerla condenar. Ella quita al espíritu humano, por grande que sea, el primer instinto, que es la justicia; quita al cristianismo su primera virtud, que es la caridad; quita á la religión su primera dignidad, que es la independencia. Es la esclavitud envileciendo á la vez al señor y al esclavo, traspuesta del cuerpo al alma; es el hombre á quien se entrega maniatado á Dios y á la Iglesia, en lugar del hombre elevando libremente su alma al cielo y marchando por sí mismo á su Dios y á su altar.

Esa doctrina era la de Luis XIV, espíritu en el fondo tan dócil como imperioso. Luis XIV era grande sobre todo por la voluntad. Fuera de sí mismo aquel rey no comprendía nada. Su egoísmo real era su genio. Toda libertad le ofendía, aun la de creer. Su uniformidad de la fé y aun de la oración le parecía una de las magestades de la monarquía. La política reforzaba en él estas preocupaciones. No se sentía bastante rey mientras la libre creencia de una parte de su pueblo protestase insolentemente contra su creencia de monarca. La independencia en cuanto al dogma era para él una facción en el cielo, como la libertad era una facción sobre la tierra.

## XVII.

La larga guerra civil y religiosa de la Liga había terminado con la abjuración de Enrique IV. Este príncipe había vencido con los reformados é iba á reinar contra ellos. Su fé había seguido á su ambición; trocaba con chanzas impías su religión por un trono. Sabido es su dicho que llegó á hacerse el proverbio de los ambiciosos: «París bien vale una misa.»

Sin embargo, para cimentar la paz entre sus antiguos amigos los protestantes y sus nuevos súbditos los católicos, este rey, tolerante por política, había promulgado el edicto de Nantes, que aseguraba la libertad y la igualdad de los dos cultos. Este edicto disgustaba á los católicos, porque la igualdad no era la victoria, y disgustaba igualmente á Luis XIV, porque hecho católico por la defección de Enrique IV del partido protestante, no podía ver en los sucesores de Enrique IV sino enemigos sobre el trono.

Sin embargo, ni el cardenal de Richelieu, tan exterminador de la aristocracia, ni el cardenal Mazarino, tan pacificador de los disturbios civiles, se habían atrevido á revocar el edicto de Nantes. Era la carta de los libres creyentes, y una mitad del reino vivía al abrigo de esta carta.

Habíanse limitado, durante la regencia de Ana de Austria á convertir por el favor parcial del gobierno las familias influyentes de la corte y de las provincias. Se compraban las conciencias una á una, y preciso es decirlo para vergüenza de las convicciones seriamente religiosas de aquella época en Francia, no se negociaban á precios muy altos. El ejemplo de Enrique IV había hecho un juego del cambio de religión. Nadie se reconocía culpable de abjurar por un pedazo de tierra ó por un título lo que el rey había abjurado por un trono.

Pero tan pronto como Luis XIV se vió rodeado de Ana de Austria, su madre, de fervientes católicos y pontífices imbuidos en las tradiciones españolas, el plan de uniformar la fé en el reino por la seducción, por la coacción, y en caso de necesidad, por la violencia, se hizo el alma del gobierno. Todo convergió de lejos y constantemente á este objeto.

No fué difícil á los políticos hacer comprender á aquel joven príncipe que la última levadura de la rebelión estaba en el culto heterodoxo, y que no sería verdaderamente rey sino después que tuviese el derecho de gobernar á sus pueblos en nombre de un Dios, por decirlo así, real.

No fué difícil á sus obispos hacerle mirar este gran servicio prestado á la Iglesia como expiación de las ligerezas ó de los escándalos de su juventud. Creyó que Dios perdonaría todo á un príncipe que le devolvería un pueblo.

El amor y la guerra suspendieron por largo tiempo estos pensamientos; pero cuando se halló cansado á la vez de gloria y de placeres, y cuando madama de Maintenon, el duque de Beauvilliers, el duque de Montansier, Bossuet, el arzobispo de Reims, el canceller Letellier y toda la parte devota de la corte comenzaron á volver su espíritu ocioso y escrupuloso hacia los intereses de la religión, Luis XIV continuó este plan con mas ardor. De la seducción se pasó á la violencia. Misioneros escollados de dragones se derramaron bajo el impulso de Bossuet y aun de Fenelon, por las provincias del Oeste, del Mediodía y del Este, por todas partes donde el protestantismo, mas arraigado en las poblaciones que se habían distinguido por su tenacidad, resistía mas á la predicación. Esta relación es horrible; pero necesaria. Calar el mal, es adularlo.

## XVIII.

Es autorizó á los hijos, desde la edad de siete años á abjurar la religión de sus padres. Las casas de los que rehusaban entregar sus hijos fueron invadidas y saqueadas por las tropas del rey. La espropiación del hogar y el fraccionamiento de la familia obligaron á la



poblaciones á huir de la persecucion declarada.

Alarmado el rey con esta despoblacion impuso la pena de galeras á los que buscasen la libertad en la fuga.

Dispuso la confiscacion de todas las tierras y casas vendidas por los propietarios que intentaron salir del reino.

Categorizó la nacion por conciencia, excluyendo de casi todos los empleos, y muy pronto de todos los oficios, á los que persistian en el culto proscripto, de suerte que el pueblo fué reducido á elegir entre la vida y la abjuracion.

Se pronunció el destierro perpétuo contra los ministros que sostenian y propagaban su fé por medio de la palabra.

Estos servicios levantaron murmullos y sediciones en las provincias asi atormentadas, y fueron castigados con suplicios.

El nieto del consejero de Enrique IV que habia redactado el testo del edicto de Nantes, fué enroldado en Grenoble por haber reivindicado el beneficio del acta real, y otros ahorcados en Tolosa.

«La Francia se parece á un enfermo á quien cortan brazos y piernas para curarlo,» escribe la reina Cristina de Suecia, que visitaba el reino en aquel momento.

Pronto se organizó la proscripcion en masa. Toda la caballería del reino, ociosa á causa de la paz, fué puesta á disposicion de los predicadores y obispos para sostener las misiones por el sable.

«El rey quiere,» escribia el ministro Louvois, hijo de Letellier, amigo, «que se haga experimento los últimos rigores á los que rehusen abrazar su religion, y es necesario llevar estos rigores hasta el extremo con los que tengan la necia gloria de querer convertirse de los últimos.»

Resulta, pues, que Bossuet aprobaba estas persecuciones; la fé religiosa y política justificaba á sus ojos la necesidad. Su correspondencia está llena de indicios, sus actos llenos de complicidades; su elocuencia misma, como se va á ver, está llena de aprobacion y de entusiasmo para esas opresiones del alma y para esos terrores de la heregia.

En fin, cuando esos terrores no dejaron casi ya voz á las murmuraciones, el rey se atrevió á dar el gran golpe de Estado contra la libertad de conciencia. La revocacion del edicto de Nantes fué pronunciada por otro edicto del rey.

El partido de Bossuet y el de la corte, confundidos en una misma alegría, no tuvieron mas que un grito para aplaudir el triunfo de la violencia. La persecucion, hasta entonces ilegal y disfrazada, llegó á ser ley del Estado. La patria se ocultó de repente bajo los pies de cerca de una cuarta parte de sus hijos. Fué preciso abjurar ó el nombre de francés ó la fé de su conciencia.

«Acabais de ver sin duda, escribe madama de Sevigné el 31 de octubre, el edicto por el que el rey revoca el de Nantes. Nada hay mas

hermoso que este edicto, y jamás un rey ha hecho, ni hará nada tan memorable!»

Así, segun los lugares y los tiempos, ha habido aplausos para los perseguidores, como para los oprimidos. El espíritu de partido desnaturaliza el instinto de equidad y de piedad hasta en el alma de las mugeres. La historia sola es del partido de las victimas.

## XIX.

Las persecuciones legalizadas que siguieron á la revocacion del edicto de Nantes recuerdan las mas célebres proscripciones de los anales humanos. Se propuso la prision en masa de todos cuantos se declarasen rebeldes á la religion del rey. Los sacerdotes reformados tuvieron quince dias para abjurar ó salir del reino.

Millares de familias, desarraigadas y espropiadas de la patria, huyeron por todas las fronteras y por todos los mares. Estas colonias de proscriptos se esparcieron por Alemania, Inglaterra, el Piamonte, las montañas de los vaudeses y hasta las estremidades del Africa y de la América. Las órdenes del rey que las condenaban á la expatriacion les prohibian al mismo tiempo la fuga. Las prisiones no bastaban á contenerlas y las galeras estaban atestadas de esos criminales que preferian el martirio á la abjuracion.

Todo era crimen en los que se hallaban retenidos en Francia. Les estaba prohibido tener criados ú obreros católicos, por temor de que la religion de los amos corrompiera á los criados. Estábales prohibido tambien tenerlos protestantes, por temor de que sus casas sirvieran de asilo á los correligionarios. Se les obligaba á asistir á las ceremonias y participar de los sacramentos del culto que repudiaban de corazon.

Tenemos á la vista cartas de Bossuet que discuten gravemente estas medidas, y deciden por que signos se podrá reconocer la sinceridad ó castigar la hipocresia de esas asistencias forzadas á las ceremonias de la Iglesia. Los que al morir se negaban á cumplir los ritos católicos, eran arrastrados al suplicio y arrojados al muladar como animales inmundos.

El terror encendió el fanatismo. Las Cevennas, comarca áspera y bíblica del Mediodia, hicieron esplosion, y fueron sofocadas en sangre. Asesinatos reciprocos consternaron á aquellas provincias. Un sacerdote, de un celo fanático, el abate del Chaila, despues de haber sido mutilado como misionero en las Indias, vuelve á atormentar él mismo á sus compatriotas protestantes en las Cevennas. Mártir á su vez es inmolado sobre los cadáveres de los que habia inmolado. Cada uno es alternativamente ó á un

mismo tiempo verdugo y víctima. Los sacerdotes católicos y los ministros protestantes son, segun las vicisitudes de la guerra, perseguidos, cercados y fusilados en los antros de las rocas de aquellas montañas.

Tres ejércitos del rey, mandados por mariscales de Francia, bastan apenas á extinguir aquella Vendée en su sangre. Todo muere, todo huye ó todo abjura. El ojo y la mano del gobierno no se ocupan ya bajo la direccion, aqui paternal y alli cruel, de los teólogos, sino en perpetuar una purificacion doméstica que arranca los hijos á los padres y á las madres sospechosas ú obstinadas para sacarlos de su fé y arrojarlos en los conventos bajo la férula de maestros de otro culto. El mismo Fenelon no se distingue en este apostolado político, sino por los medios mas dulces de persuasion; pero aprueba en dos cartas el empleo de las tropas y la intimidacion saludable para inducir á la abjuracion por el miedo.

En cuanto á Bossuet, triunfa y tomó atrevidamente la responsabilidad de la proscripcion sobre el féretro de su amigo el canceller Letellier, ministro maquinador, autor y ejecutor de aquellas barbaries. En la oracion fúnebre que pronuncia en loor de su amigo, le envia ante Dios con sus proscripciones por título de salvacion y de gloria.

«Nuestros padres, dice en ese panegirico, no habian visto, como lo vemos nosotros, una heregia inveterada caer de repente sobre el universo asombrado de ver en un acontecimiento tan nuevo la señal mas segura como el mas bello uso de la autoridad, y el mérito del principe mas reconocido y reverenciado que su autoridad misma!»

Despues, remontándose hasta el lirismo y entonando el cántico de triunfo sobre la Francia purgada de tantos millones de proscriptos por la mano de esos purificadores de la fé, esclama:

«No dejemos sin embargo pasar este milagro de nuestros dias; contémoslo á los siglos futuros! *Tomad vuestras plumas sagradas, vosotros que componéis los anales de la Iglesia! ágiles instrumentos de un escritor listo y de una mano diligente!* Apresuraos á poner á Luis XIV con los Constantinos y los Teodosios! Antes de estos emperadores, cuyas leyes proscribieron las reuniones de los hereges, las sectas permanecian unidas y se sostenian largo tiempo; pero desde que Dios suscitó los principes cristianos para prohibir esos cultos á los hereges, y el clero que velaba sobre ellos les impidió ejercerlos en particular, murieron sin posteridad los obstinados, por que no podian enseñar libremente su dogma. Así caía la heregia con su veneno.»

Y despues de haber celebrado una persecucion reciente y mas maravillosa segun él, añade:

«Llevemos hasta el cielo nuestras aclamaciones, y digamos á ese nuevo Constantino, á

ese nuevo Teodosio, á ese nuevo Marciano, á ese nuevo Carlo Magno, lo que los seiscientos padres de la Iglesia decian antiguamente en el concilio de Calcedonia: *Habéis afirmado la fé, habéis esterminado á los hereges, obra es esta digna de vuestro reinado! Rey del cielo, conservad al rey de la tierra! este es el voto de la Iglesia y el de los obispos!*

«Cuando el piadoso canceller selló al fin esa revocacion del célebre edicto de Nantes, exclamó que despues de este triunfo de la fé y tan hermoso monumento de la piedad del monarca, no le quedaba ya que hacer otra cosa que morir. Esta fué la última palabra que pronunció en las funciones de su ministerio!»

Despues de tales palabras, es imposible absolver á Bossuet de complicidad en esa marcha del reinado; su implacabilidad teológica cambiaba por su propia boca lo opresion de conciencia en virtud. No se puede menos de lamentar esa falsa conciencia que obliga á la historia á inscribir, al lado de tan brillante genio y de tan gran celo, el título de proscriptor.

Pero es necesario que asi suceda: cuando el celo se convierte en pasion, llega á ser violencia, y cuando el celo coge la mano del poder político, el apóstol se hace responsable del verdugo.

Apresurémonos á correr el velo sobre esta parte del apostolado de Bossuet. No era su alma, sino su lógica la cruel. No se vengaba á sí mismo; pero tenia el orgullo de creer que vengaba á Dios. ¡Leccion terrible para todos los escesos de celo, para todas las opiniones y para todos los tiempos!

## XX.

La muerte del principe de Condé volvió á inspirar al pontifice una elocuencia mas digna de él. En esta ocasion pronunció la última y la mas sublime de sus oraciones fúnebres. Parece que al acercarse él mismo al sepulcro, su genio contraia su solemnidad. La muerte del principe de Condé, su primer protector y su admirador mas constante, le decia que toda celebridad debe morir.

Aquellas dos grandes glorias del siglo, la una en la guerra y la otra en las letras y la religion, parecian arrastrarse mutuamente. Bossuet oyó el aviso en su corazon y lo repitió su voz. La peroracion de este discurso es la cúspide de la elocuencia moderna. Los antiguos no tienen acentos semejantes.

La vejez, la contemporaneidad y la igualdad de nivel entre el orador y el héroe acostado á sus pies, completaban la elocuencia. El espectáculo era tan grande como el discurso.

«Dirigid la vista á todas partes, dice Bossuet, ahí teneis cuanto la munificencia y la